

**Nuria
Bueno**
Amazona



AdN

Nuria
Bueno
Amazona

AdN

Diseño de colección: Summa Branding

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Nuria Bueno González, 2024
© AdN Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-10138-14-8
Depósito legal: M. 1085-2024
Printed in Spain

—Voy a matar a tu hijo.

En aquel momento, el parque estaba lleno de conversaciones, gritos, risas, llantos infantiles, regañinas de padres, chirridos de columpios, el sonido de una pistola de juguete, una canción de C. Tangana en un móvil y, por detrás, el rumor constante del tráfico de una tarde normal en la ciudad, aunque fuera de pleno verano.

Adriana, que estaba guardando la botellita de agua de Edu en la mochila, se dio la vuelta para mirar a Marcos, sin conciencia plena de lo que había creído entender.

—¿Qué has dicho?

Esa pregunta coincidió exactamente en el tiempo con el acelerón, potente y ensordecedor, de una moto de alta cilindrada a pocos metros de ellos y con una llamada al móvil de su exmarido, quien la despachó en un par de frases sin quitar los ojos de Edu, que había subido al tobogán.

Mientras se guardaba el teléfono, Marcos levantó su clara mirada hacia ella.

—Perdona, ¿qué me preguntabas...?

—Te he preguntado que qué has dicho.

—¿Qué he dicho cuándo? ¿Ahora?

—No, antes... Cuando...

En ese momento, Edu llegó corriendo y trepó por la silla de ruedas de su padre para sentarse en su regazo, susurrarle algo al oído y estallar los dos, a continuación, en una carcajada interminable.

Mirándolos, a Adriana le pareció inconcebible. Había entendido mal. Marcos, quien jamás tuvo el menor gesto violento, ni una sola palabra insultante, había debido de hacer cualquier comentario corriente y a ella la había engañado el oído. Esas cosas podían pasar; pasan, de hecho, con mucha frecuencia. Es más probable haber creído oír una atrocidad inconcebible que haberla oído realmente. Es más habitual que te digan «He olvidado comprar algo en el supermercado» que «Voy a liarme a tiros en el supermercado», aunque hayas entendido esto último porque no estabas prestando mucha atención, porque había mucho ruido ambiental, porque tenías la cabeza en otras cosas o porque has sufrido un terror tan intenso y constante durante un periodo tan largo de tiempo que tu mente ha quedado, como es lógico, afectada y a veces se despeña por el barranco de lo improbable en vez de quedarse en el sendero de lo anodino, lo normal, lo que le pasa a la mayoría de la gente.

—Déjalo, no es nada —le dijo Adriana a Marcos cuando Edu se bajó de las rodillas de su padre para regresar a los columpios.

Y no era nada, no debió de ser nada, porque siguieron hablando con toda normalidad de cosillas de aquí y allá, del niño, del calor, del trabajo de él, de los planes para el verano, y él estaba como siempre y ella también. Y el sol se filtraba por las hojas y de una fuentecilla salía un chorrito plateado que se curvaba con gracia; unos niños pasaron comiéndose un helado de cono. Y luego se hizo tarde y Edu y ella se despidieron de papá y se fueron a casa, a la suya, donde vivían los dos ahora.

Esas seis palabras (voy-a-matar-a-tu-hijo) se diluyeron y el tiempo siguió fluyendo a través de las rutinas habituales.

Sin embargo, un malestar muy pequeñito, diminuto, se quedó aleteando en la trastienda del cerebro de Adriana. Tan pequeño que no interfirió en el resto de las cosas que hizo aquella tarde y durante la noche, pero que persistió en su aleteo e hizo que, a las 3:54, se despertara y se sentara en la cama de golpe, con la respiración acelerada y empapada de sudor, sin poder recomponer qué pesadilla en concreto, qué imagen, qué era lo que la había asustado tanto.

No pudo y no fue hasta la mañana siguiente, a la hora del tentempié, mientras dudaba si desenvolver su sándwich aplastado y comérselo, o no, cuando reaparecieron las seis palabras y le congelaron toda la piel de golpe aun sin estar segura de si en realidad las había oído.

«Voy a matar a tu hijo.»

—Te advierto que el primer día es difícil, Adriana —le dijo José Manuel antes de salir hacia la casa.

Él llevaba, igual que ella, un mono enterizo impermeable de color blanco, botas hasta la rodilla y unas gafas de protección encima de la cabeza. El mono llevaba una capucha que habría que subirse en su momento, antes de ajustarse las gafas sobre los ojos y la mascarilla sobre la nariz y la boca. También tenían ambos unos guantes de goma que deberían ponerse antes de entrar.

—Creo que estoy preparada —contestó Adriana.

José Manuel era un hombre con sentido común y no entendía por qué una mujer con un buen currículum académico y experiencia en ámbitos que no tenían nada que ver con esto había buscado y aceptado con tanta prisa un empleo de limpiadora. Por más que la situación estuviera jodida, que siempre lo estaba, ella era joven, tenía estudios y había sido gerente de una tienda de lujo de una prestigiosa marca. No lo entendía. Y Adriana, que no tenía intención de confesarle que aquel era el primer empleo que conseguía (y que creía que podría soportar) en los últimos años, le había explicado que había atravesado un largo bache de salud y que, una vez superado, se encontró totalmente desconectada de su antiguo entorno laboral; que, apremiada por la necesidad, tras algu-

nos intentos, había decidido tirar por la calle de en medio y coger lo primero que le saliera, y que lo necesitaba ya, quería empezar cuanto antes. ¿Mañana mismo? Perfecto.

La idea de pasar la jornada laboral envuelta en un mono de plástico, protegida con botas, guantes y gafas y concentrada en despejar superficies y limpiarlas, lejos de espantarla, tenía algo que la hacía deseable: preservada de todo contacto físico, sin más interacción que la justa con los otros compañeros dedicados a lo mismo y sin trato con público.

—Créeme —insistió José Manuel, dirigiéndose hacia la puerta del local y abriéndola para cederle el paso—: Nadie está preparado para el primer día en este trabajo.

Adriana no contestó. Salió por la puerta que él mantenía abierta y se subió a la furgoneta junto a otros dos compañeros, que le sonrieron amistosos. Ella era la única chica, lo cual no era frecuente en el gremio de la limpieza, pero es que este tipo de limpieza no era como las demás.

—Lo llaman «limpieza traumática» —le había explicado José Manuel— y somos de las primeras empresas que se dedican a esto. Al principio éramos apenas un par o tres. Algunas llegaban y trataban de pillar hueco en el mercado, pero, no te creas, pocos valen para hacer esto. Al final, nos hemos quedado los profesionales de verdad. Porque es que hay que enfrentarse día a día con la realidad de la vida, que es una verdadera mierda, y ver que hay gente que está llena de esa mierda y otra que sufre las consecuencias. Y, hombre, si has decidido ser policía, o qué sé yo, médico forense, bueno; pero si solo te quieres dedicar a limpiar, pues esto acaba siendo...

Adriana no sabía cómo huele una persona que lleva muerta en su casa varias semanas. No tenía ni idea de hasta dónde pueden saltar trocitos de cerebro y fragmentos de hueso cuando uno se dispara con un arma de fuego apoyando el cañón en la barbilla; tampoco de la cantidad de sangre que pue-

de salir de un cuerpo sumergido en la bañera con las muñecas abiertas; ni imaginaba el desastre que puede provocar en un cuarto el forcejeo previo a una muerte violenta. Desconocía todo eso, pero comprendía que los familiares de la persona fallecida o los propietarios del piso donde hubiera ocurrido el suceso quisieran seguir en su ignorancia. Faltaría más. Por suerte, había personas, empresas, dispuestas a cargar con las imágenes de la desesperación, del abandono y de la crueldad más inhumana.

—El de hoy es fuertecito, ¿eh? —los avisó José Manuel sin quitar los ojos del tráfico entre el que conducía—. Un asesinato. La policía terminó ayer con lo suyo, y la hermana del muerto, perdón, de la víctima, me mandó el aviso rápidamente, porque los agentes le debían de haber advertido que la cosa había quedado como para echar a correr. Así que... a ver qué nos encontramos.

Resultó que su destino estaba en el barrio donde vivía Adriana, apenas a cinco minutos andando de su casa. La furgoneta aparcó justo delante del portal. Para estas cosas funcionaban como si fueran a poner un contenedor de obra, pero con más agilidad aún. José Manuel pasaba la solicitud y al momento le desalojaban la plaza de aparcamiento más cercana.

En el portal, los cuatro del equipo se enfundaron los guantes de goma y procedieron a subir las mochilas con el material de limpieza y desinfección. Ya en el rellano, delante de la puerta, se subieron las capuchas, se colocaron las gafas sobre los ojos y se subieron la mascarilla. José Manuel cortó la cinta del precinto policial, sacó las llaves que le habían hecho llegar y abrió la puerta del piso. Dentro, el calor del exterior era aún más agobiante, condensado, porque era la última planta y el sol le daba de pleno desde primera hora de la mañana. Dos moscas gordas y negras zumbaron hacia ellos y volaron alrededor de las cabezas. Adriana entró la última.

No se necesitaban explicaciones para entender que la agresión había empezado allí, en el recibidor. En la puerta había un chorreón de sangre, y también en la pared blanca, donde algunas gotas habían resbalado hacia abajo en líneas verticales hasta remansar en el rodapié. Desde el recibidor se accedía al pasillo. El suelo era de baldosa gris mate; los círculos de color rojo ennegrecido de la sangre seca marcaban el camino hacia la primera puerta a la derecha, la de la cocina. Adriana se acercó al umbral, y José Manuel, que estaba delante de ella, se hizo un poco a un lado mientras sacaba su móvil y comenzaba a tomar fotografías de la estancia.

Era como observar la escena de una película de la que hubieran retirado al actor principal. No hacía falta: el decorado, elocuente, lo contaba todo. La cocina estaba, literalmente, bañada en sangre. Los manoteos desesperados de alguien que había intentado taponarse una herida que pulsaba sangre con cada latido habían quedado marcados en los frentes de los cajones, de los que había tirado con violencia, sacando algunos y desparramando su contenido por el suelo. ¿Qué estaba buscando? ¿Un arma para defenderse? ¿Un trapo con el que tapar la hemorragia? Cuando entró a la cocina, el sangrado debía de ser ya masivo y a propulsión. Adriana recorrió con la mirada las salpicaduras rojas en los azulejos, la encimera, la tabla de cortar y la vieja cafetera y las marcas de los dedos que habían toqueteado todo febrilmente, intentando agarrar algo o sostenerse de pie... La huella del resbalón de una suela sobre la sangre revelaba que no lo había conseguido: había caído sobre las baldosas y de allí ya no había sido capaz de levantarse. Se adivinaba dónde había yacido el cuerpo. ¿Cuánta sangre puede manar de una persona? La mitad del suelo de la cocina estaba cubierta por completo de una capa coagulada y oscura, con algunas moscas recorriéndola, saciadas. El olor era fuerte y dulzón.

Adriana se quedó mirando una factura de la luz rasgada en dos sobre la encimera de falso mármol. De milagro, no había caído sobre ella ni una minúscula gota de sangre. Se leían el nombre y el comienzo del primer apellido de un hombre, la víctima, y ese detalle le causó más impresión que el resto, que podría ser una puesta en escena de un atrecista algo exagerado. Aquella factura rasgada de Iberdrola que la víctima habría abierto y roto, tal vez enfadada por un cargo que estimaba excesivo, era como el zapato de mujer en el primer plano de una foto de un accidente de aviación. Lo que te hace darte cuenta de lo real. Que en ese zapato estaba el pie de una mujer que lo había calzado al comienzo de la jornada sin saber que, poco tiempo después, alguien lo iba a ver encima de un mar de restos humanos y le iba a hacer una foto.

—¿Estás bien? —le preguntó uno de sus compañeros.

—Sí.

José Manuel mandó a los chicos a ocuparse por tramos, siempre de arriba abajo, de la limpieza de la cocina. A Adriana, por ser el primer día, la destinaron a otras habitaciones lejos del epicentro que era esa estancia. En el resto de la casa no había más que hacer que lo exigido en una limpieza normal. Parecía que el asesino no había tenido ninguna intención de visitar el piso ni de llevarse nada. Las habitaciones estaban tal como las había dejado la víctima y la familia había pedido que limpiaran y recogieran todo, que lo dejaran lo más ordenado y aséptico posible.

Adriana se puso a tararear mentalmente *Let It Go*, de la película *Frozen*, una canción que odiaba, pero que tenía la cualidad de pegársele al cerebro y repetirse en bucle. Con ese fondo empezó a despejar las superficies horizontales y a seleccionar objeto por objeto, tal como le habían explicado. Al principio no pudo sustraerse de la tentación de reconstruir a la persona. Era difícil no hacerlo al limpiar y guardar unas

gafas, meter en bolsas unas camisas y un par de vaqueros, recoger un albornoz marrón oscuro arrugado encima de la cama y retirar las sábanas, enredadas después de una noche de calor insoportable. Luego, subió el volumen de *Let It Go* en el cerebro y trabajó en automático, deprisa. Dentro del mono impermeable sentía como si se estuviera cociendo al vapor. Las gotas de sudor le caían a chorro por la frente y la espalda. Al mover una de las mesillas de noche, se salió uno de los cajones y cayó al suelo, desparramando su contenido, una variedad de cosillas —folletos de publicidad, una funda vacía de condones, un encendedor, paquetes vacíos de tabaco, botones...—, y, entre ellas, una foto cortada de forma limpia por la mitad. Adriana habría preferido no ver la cara sonriente del hombre moreno y barbado, con bronceado y gafas de sol, que vestía camisa de estampado hawaiano y que posaba apoyado en la inconfundible baranda de la playa de la Concha. Si la foto no estuviera cortada en vertical, seguro que ese brazo derecho que no se veía estaría rodeando a una novia, o novio, o a unos hijos. ¿Dónde estaban esas personas (o persona) que una vez lo abrazaron? ¿Sabían ya lo que le había ocurrido? Tal vez eran de un pasado lejano o algo que se le quedó enquistado hasta el día que lo mataron.

Adriana recogió a puñados toda aquella menudencia y la metió sin miramientos en el cajón que previamente había insertado en la mesilla. Luego empezó a sacar bolsas de basura llenas de ropa a la entrada. Toda la casa olía a productos desinfectantes. En el recibidor ya había demasiados trastos, así que pidió permiso para abrir y dejar las ropas en el rellano. Este solo servía al piso en el que estaban trabajando, así que José Manuel, desde la cocina, le respondió que adelante. Adriana abrió la puerta y se encontró con un hombre mirándola de frente. No gritó, pero las bolsas de ropa se le cayeron al suelo. El desconocido hizo un desvaído

gesto tranquilizador mientras se buscaba en el bolsillo trasero del pantalón.

—Perdone, no quería asustarla —le dijo con un tono sin inflexiones que transmitía que, en realidad, se la sudaba si la asustaba o no.

—No se puede estar aquí —replicó ella, echando una mirada hacia el interior.

—Soy policía. —Se sacó del bolsillo la cartera y le pasó por delante de los ojos su acreditación.

—Pero la policía ya terminó aquí ayer —replicó Adriana—. Estamos trabajando.

El hombre tenía unos cuarenta, si llegaba. La cara pálida y cansada, los ojos invisibles detrás de unas gafas con montura moderna, de ligero aire galáctico, lo único recordable de su aspecto. En un concurso de inexpresividad, no se sabía si ganaría su rostro vacío de emoción o su voz monocorde.

—Sí, ya sé que mis compañeros terminaron ayer. He venido para una comprobación de rutina.

—Hombre, hola, Beranga. —José Manuel se había acercado a la puerta al oír la conversación—. Estamos en plena faena. Pasa a echar un vistazo. Solo que ya poco te vas a encontrar... —Dirigió sus gafas de protección hacia Adriana y agregó—: Al final con este trabajo acabas conociendo a medio 112.

—No tardaré mucho —dijo Alberto—. Ya he leído todo y he visto las fotos. Solo quería ojear un poco.

José Manuel lo precedió hasta la cocina. Adriana los siguió por el pasillo. Alberto Beranga miró todo por encima. Ya apenas quedaba sangre. Se asomó a la ventana. Mientras, el otro, en la puerta, tenía ganas de charla.

—Tremendo. El calor vuelve loca a la gente, ¿eh? —Miró otra vez a Adriana para mostrar lo muy informado que estaba—. Hace unas semanas se cepillaron a uno en este mismo

barrio, en la calle, detrás de los recreativos, ¿sabes dónde te digo? Le metieron una puñalada en el corazón que lo dejó en el sitio.

Adriana asintió. Lo había oído y también lo había visto por la tele. Durante días había sido el tema de conversación en todos esos encuentros casuales de vecinos en tiendas, parques o aguardando el ascensor que Adriana rehuía.

José Manuel hizo un gesto para abarcar la estancia donde se encontraban.

—Pues aquí, si has visto las fotos, ya sabes lo que nos hemos encontrado...

—Sí, las he visto.

—Menos mal que el vecino de enfrente vio la sangre en el suelo y avisó, porque, si llega a pasar unos días más aquí muerto, con este calor de infierno...

Alberto volvió a asentir, sin intención de darle cuerda, pero José Manuel siguió especulando:

—Y el asesino se la jugó, ¿eh? Porque con la ventana abierta lo podían haber visto, ¿no crees?

Adriana, sofocada, se levantó con una mano las gafas de protección mientras que con la otra tiraba de la mascarilla hacia abajo para descubrirse el rostro. Le pareció que debía participar en la conversación y soltó lo primero que le vino a la cabeza:

—Lo único que le importaba era matarlo.

Beranga la miró a la cara directamente, como si la viera por primera vez. José Manuel hizo lo propio. Adriana se puso roja; a ella misma le sonó rarísimo, morboso y traído a cuento de nada. ¿De dónde le había venido aquello? Como si una especie de apuntador en su cabeza se lo hubiera soplado. Murmuró una disculpa y retrocedió de espaldas hasta salir de la cocina. Volvió al dormitorio del final del pasillo y se quedó allí, esperando a que el policía se fuera. Desde allí los escuchó hablar

un par de minutos. Luego las voces se hicieron más claras cuando salieron hacia el recibidor. José Manuel despidió con un par de chascarrillos al policía. Se cerró la puerta. Adriana se asomó. José Manuel la vio, pero no le dijo nada; le echó una sonrisa amigable y siguió a lo suyo. Aliviada, ella volvió a su trabajo. Con el paso de las horas, lo más reseñable dejó de ser lo de la cocina y pasó a ser el calor infernal que hacía en el piso y que el mono de trabajo multiplicaba. Era de lo que se quejaba el equipo, lo que comentaban, agobiados, a cada rato, al cruzarse en el pasillo o en el recibidor.

Al término de la jornada, cargando una mochila llena de productos desinfectantes, Adriana salió del portal. A pesar del calor de la calle, sintió un escalofrío y, sin saber por qué, echó un vistazo asustado por encima del hombro, como si algo malo hubiera bajado de aquel piso maldito detrás de ella. Al volver la cara hacia fuera vio al policía Alberto Beranga en la puerta del bar que estaba justo en la acera de enfrente. Tenía el móvil en la mano, pero había levantado la cara y la siguió con la vista, inexpresivo pero persistente, hasta que ella se subió a la furgoneta.

Ya en el vehículo, José Manuel felicitó a sus trabajadores.

—Se nos ha dado bien —comentó, satisfecho—. Ha quedado perfecto. Y tú, Adriana, para ser tu primer día no has estado nada mal.

Ella lo miró y él asintió mientras acomodaba los bultos en la parte trasera.

—Lo normal es que los nuevos no puedan aguantar la primera vez; que se mareen o que tengan que marcharse antes de la hora, pero tú has estado superentera. Y, además, has limpiado muy bien.

Adriana se esforzó por buscar algo agradable que contestarle. Se había quedado pasmada de asombro ante el comentario amable. Era algo que le quedaba lejano: ¿cuándo fue la úl-

tima vez que escuchó poner en valor algo suyo? José Manuel le propuso ir con los demás a tomar una cerveza en el bar de enfrente.

—No puedo, lo siento muchísimo, de verdad —se excusó—, pero tengo que ir a recoger a mi hijo a la escuela de verano y antes tengo que ir a por el perro, que no ha salido desde esta mañana.

Mentía. Aunque era verdad que tenía que ir a casa a por Queso y después ir a buscar a Edu a la escuela de verano, aún quedaba tiempo de sobra para la hora de salida del niño. Sin embargo, Adriana antes debía ir a otro sitio.